

ENTREVISTA CON MANUEL VILLEGAS SOBRE “EL ERROR DE PROMETEO. PSICO(PATO)LOGÍA DEL DESARROLLO MORAL”

Guillem Feixas
Universitat de Barcelona
gfeixas@ub.edu

Guillem Feixas: Quisiera empezar destacando la defensa que haces en tu libro de una visión del ser humano centrada en la libertad, en la posibilidad de decidir, cosa que es algo muy nuclear en lo que yo sé de tu carrera intelectual, que te llevó hacia el existencialismo, y es el tema que se halla en la base de tu tesis doctoral sobre “La psicoterapia existencial”. El estudio de la libertad humana, y de cómo hacemos uso de ella, ha sido el eje vertebrador de toda tu evolución psicológica, teórica y clínica, y ha madurado en esta obra que tiene grandes implicaciones tanto evolutivas como de comprensión de la psicopatología. Constituye, además, un proyecto de una fuerte reivindicación de todo lo psicológico que hay en el ser humano y de todo el interés que tiene la psicoterapia en el campo de la salud y en lo más estrictamente humano. Me parece una aportación muy sustancial y que ayuda a entender aquello que los psicopatólogos consideran enfermedad, como parte de una crisis y un conflicto básicamente en el uso de la propia libertad individual, de la conciliación de la posición entre uno mismo y los demás y con el mundo. Por todo ello tu obra “El error de Prometeo” me parece una aportación muy sustancial.

Manuel Villegas: Gracias, Guillem por tus comentarios tan generosos. Has hecho un resumen muy válido, muy nuclear y acertado en cuanto a señalar por dónde va la inserción del modelo en el ámbito de la psico(pato)logía y la psicoterapia, en general.

Guillem Feixas: Me gustaría empezar con el tema de la existencia que postulas de subestructuras de regulación moral y considerar si son independientes o no lo son. La referencia al auriga que utilizas en tu libro, al hablar del papel de la autonomía, es una metáfora didáctica muy útil, pero que da a entender la independencia de los cuatro caballos de la cuadriga entre sí y la del auriga. Y si son independientes ¿cómo se integran o se subsumen evolutivamente?

Manuel Villegas: Podríamos decir que la metáfora del auriga resulta particularmente apropiada para explicar la entidad propia de cada una de las subestructuras, representadas por los distintos caballos de la cuadriga, las cuales pueden estar integradas entre sí y funcionar armónicamente, o no. Nos es útil, especialmente, además, para explicar las crisis como resultado de un conflicto entre las partes, cuando no se da integración, sino disgregación entre ellas, y para explicar el papel de la autonomía, que como auriga tiene que conseguir llegar a una integración de la fuerza de todos y cada uno de los caballos en la misma dirección. A veces puede darse que, temporalmente, funcione la integración entre los diversos subsistemas, pero que ante una situación de conflicto no se sepa cómo integrarlos: una de las subestructuras puede intentar dominar sobre las demás o tirar del carro hacia un lado o hacia el otro. En este sentido la metáfora del auriga nos sirve más para entender la conflictividad o la falta de integración en el sistema y, en cambio, la de las matrioshkas rusas podría servir para referirse a la evolución integrada o armónica de cada una de las etapas del desarrollo en que se incluyen o subsumen las demás.

Guillem Feixas: La dificultad que me genera esta cuestión es que al principio el modelo se plantea como que van apareciendo y se van integrando sucesivamente unas subestructuras en las otras; una vez se ha pasado a la anomía, la prenomía ha quedado como archivada o incluida en la anomía, o, al menos, puede dar esta impresión, y en cambio en un momento determinado pueden entrar varias subestructuras simultáneamente en conflicto. El modelo quiere ser al mismo tiempo evolutivo y estructural, pero es difícil de congeniar. Esto es lo que me resulta difícil de entender.

Manuel Villegas: Ciertamente. El modelo es evolutivo y estructural al mismo tiempo. Es evolutivo, porque la formación de las diferentes estructuras de regulación experimenta ciertas pautas críticas en su proceso evolutivo, siguiendo un orden en teoría predeterminado, por lo que las tareas adscritas a ciertos momentos se presentan específicamente en unos momentos y no en otros, aunque no se trata de compartimentos estancos. Por ejemplo, la oblatividad o la complacencia son estrategias específicas de la socionomía, aunque son conceptos transversales, que, como las emociones, pueden aparecer ocasionalmente en otras fases como la anómica (por ejemplo complaciendo o seduciendo) o la heteronómica (haciéndose

cargo de otros por necesidad u obligación), pero que críticamente se consideran específicas de un momento evolutivo posterior, la socionomía; del mismo modo que la culpabilidad o la vergüenza lo son de la heteronomía, aunque pueden darse también en la socionomía o incluso anticiparse en la anomía. Evidentemente un niño puede estar parentalizado a los siete años y puede empezar a desarrollar una regulación oblativa para proteger, en el contexto de un triángulo dramático, a la madre víctima de un padre perseguidor o a un hermano pequeño, desamparado. Este niño, que evolutivamente debería estar desarrollando la heteronomía, se ve forzado a hacerse cargo de una situación prematura. Sin embargo, no podemos hablar propiamente de socionomía vinculante oblativa, puesto que el vínculo filial o fraternal ya existe desde el nacimiento, mientras que en la socionomía se trata de desarrollar vínculos nuevos con relaciones no preexistentes. Se trataría más bien, en este caso, de una heteronomía inversa, en la que el niño asume por obligación o necesidad las responsabilidades de los padres, desde una posición oblativa prematura.

Guillem Feixas: Una cosa es el modelo canónico y otra los cursos atípicos, que pueden seguir determinadas personas según las circunstancias.

Manuel Villegas: Exactamente. El modelo lo que intenta es explicar la ontogénesis de las estructuras de regulación moral, que va siguiendo unas fases que tienen momentos críticos. El modelo es evolutivo, hemos dicho, pero también estructural, como lo es el cerebro que reproduce en su estructura la evolución filogenética, dando lugar a una estructura evolutivamente diferenciada, paleo-, meso- y neo-cortical, pero integrada funcionalmente, aunque esta integración puede sufrir alteraciones más o menos graves, atribuibles a traumas de naturaleza física o psicológica. No podría haber conflictos estructurales, si esa estructura de regulación moral no fuera innata o, por el contrario, desarrollada evolutivamente, como es el caso. Al igual que una persona adulta que está en una posición prenómica, totalmente dependiendo de los demás, victimista, por dificultades, por conflictos o por inmadurez evolutiva, se está regulando de forma disfuncional en relación a su momento evolutivo.

Guillem Feixas: Tú planteas que la metáfora del auriga sirve para explicar cómo en un momento determinado alguien que está relativamente integrado ante una situación discrepante que lo pone en juego, se puede desestabilizar, pero que antes podía estar bien. El funcionamiento habitual de una persona que no tiene crisis ¿puede regularse de forma predominantemente heteronómica o socionómica y no tener conflicto? ¿Una persona que tiene una relación extramarital con un amante (me refiero a uno de los casos del libro) y hasta que no se descubre, no tiene ningún problema? ¿Está integrado o algo no andaba ya bien? Si no, parece que se establece

una igualdad entre crisis y falta de integración. Por ejemplo un niño de 12 años que no tiene una autonomía desarrollada puede ser muy feliz, y a lo mejor es puramente anómico ¿Cómo es eso?

Manuel Villegas: Integración significa aquí ausencia de discrepancia entre los distintos sistemas de regulación. Esta cuestión se puede comparar al estado de salud del organismo. Cuando el organismo funciona de forma integrada, no hay síntoma o malestar, hasta que se presenta una disfunción por enfermedad o accidente traumático. Del mismo modo el organismo del bebé no es igual al del adulto, y sin embargo, aunque no haya realizado todo su desarrollo, podemos decir que funciona de forma integrada en relación a su momento evolutivo. Por eso, un niño de doce años, o uno de cuatro, puede estar bien, aunque no sea autónomo. En el ejemplo del amante, la vivencia subjetiva que en términos tradicionales podríamos llamar egosintónica, no presenta discrepancia hasta que no aparece algún elemento perturbador del sistema, como que la relación se haga pública; entonces surgen amenazas de culpa, vergüenza o ruptura, que son las que activan la regulación heteronómica o socionómica, que hasta aquel momento estaban acalladas o subsumidas en la anómica. No se ha de confundir aquí la palabra moral como sustantivo, sino como adjetivo, no se trata de un criterio de juicio ético, sino un criterio de regulación de las estructuras

Guillem Feixas: De cómo se regula moralmente, no de si está bien o mal, desde luego; está fuera de lugar discutir si es correcto o no. Pero la pregunta es si antes de que esto pasara, si las personas que están contentas con su vida, están bien integradas, o puede que haya quienes son heteronómicas o bien oblativas. Lo digo porque tal como lo escribes parece que si no hay conflicto, la persona está integrada. ¿La persona que funciona heteronómicamente y la cosas le van bien ¿es autónoma, o no?

Manuel Villegas: No; es diferente. Una cosa es la integración y otra la autonomía. La integración es un estado del sistema. Por ejemplo, desde el punto de vista evolutivo, no se puede decir que un niño o un adolescente no estén integrados, por el hecho de que les falte desarrollar todavía una, dos o más subestructuras de regulación; pero tampoco significa que sea ya autónoma, porque si está funcionando heteronómicamente, en base a criterios externos e impersonales, no puede todavía decidir por sí mismo. Pero eso no significa que haya discrepancia entre los sistemas de regulación que estén activos en aquel momento, a no ser que haya un elemento que los distorsione. Y si lo hay, a lo mejor no se entera o lo somatiza. Por ejemplo un niño puede sentirse muy feliz, obedeciendo las normas de sus padres que le cubren bien sus necesidades y regulan de una forma razonable sus deseos e impulsos. Esto tiene que ver también con la demanda terapéutica. Se produce una

demanda o se percibe un malestar cuando hay una percepción interna de discrepancia. Tal vez habría que hablar en estos casos más de discrepancia o disgregación del sistema, por ejemplo cuando un niño o un adolescente manifiestan problemas adaptativos

Guillem Feixas: Lo digo porque en el libro parece que haya una especie de identidad entre integración y autonomía, dado que el auriga es el jinete autónomo que lleva los cuatro caballos.

Manuel Villegas: No existe una correspondencia biunívoca: La autonomía supone integración, pero la integración no supone, necesariamente, autonomía. La función de la autonomía es solicitada cuando se hallan presentes los cuatro subsistemas en juego y, aunque sea momentáneamente, no están integrados entre ellos, en cuyo caso sólo es posible una integración de orden superior, a través de una regulación sintética, resultado de la relación dialéctica entre tesis (por ejemplo regulación anómica: deseo de estar con el amante) y antítesis (por ejemplo, regulación socionómica: miedo a perder la relación con la esposa y los hijos), porque la síntesis no se ha producido de forma evolutiva, espontánea o funcional. La autonomía es una función sintética entre los cuatro subsistemas de regulación. Esta síntesis no se produce de forma automática, no corresponde a ningún estadio evolutivo, propiamente dicho, y por tanto es inevitable replantearse continuamente la necesidad de esta función sintética, en particular cuando existe un conflicto entre los diversos sistemas de regulación.

Guillem Feixas: ¿Podrías desarrollar más este tema?

Manuel Villegas: Una anécdota relativa a la biografía de Victor Frankl, el fundador de la Logoterapia, permite explicarlo dramáticamente. A finales de 1941, le fue concedido a Frankl un visado para emigrar a los Estados Unidos, lo que le permitía escapar del peligro de deportación o internamiento en un campo de concentración, dada su condición de judío, y le abría la posibilidad de desarrollar su modelo terapéutico en el país de acogida. Sin embargo, enseguida aparecieron las dudas. El visado era estrictamente personal, lo cual impedía que ninguno de sus familiares pudiera viajar con él. “¿Debería dejar solos a mis padres ante la amenaza de ser deportados? ¿Debería arriesgar mi vida, mi futuro y mi obra por brindar a mis padres una dudosa protección y un auxilio posiblemente ineficaz? ¿Tengo alguna responsabilidad en este caso? ¿Debería sacrificar a mi familia –se preguntaba finalmente angustiado- por el desarrollo de una obra a la que he dedicado toda mi vida?”. Todas estas preguntas, le planteaban a Frankl un dilema que antes no existía. Por lo tanto hasta este momento el sistema no estaba en discrepancia interna, las partes estaban integradas entre sí, no estaba en cuestión un problema nuclear, se

puede decir que estaba funcionando de forma autónoma, porque podía tomar sus decisiones sin conflicto. Hasta aquel momento los distintos sistemas de regulación moral estaban integrados entre sí: tenía cubiertas sus necesidades (había sido nombrado recientemente director del departamento de neurología del hospital judío Rotschild), estaba cumpliendo con sus deberes y trabajando, como buen adleriano, en pro de la sociedad. Había escrito ya su primera obra, que era la gran ilusión de su vida por aquel entonces, aunque no le había sido posible publicarla todavía en aquellas circunstancias. En Estados Unidos se le abría la posibilidad de hacerlo, tal vez de conseguir una cátedra en alguna universidad o un puesto como neurólogo en alguna clínica psiquiátrica. Incluso sus padres le animaron a irse, puesto que querían verle seguro y a salvo, con un brillante porvenir. Sin embargo, para Frankl el visado representaba una fuga, un abandono o una traición. Una duda terrible le invadía y no era capaz de tomar una decisión para la que necesitaba de una regulación externa o, en sus palabras, de “una señal del cielo”. En este estado de agitación interna salió a dar una vuelta y en su caminar errante pasó por delante de la catedral de Viena, entró en su interior donde estaba sonando el órgano; se quedó meditando un rato, con lo que se calmó momentáneamente. Continuó su paseo hasta llegar a casa de sus padres. Una vez allí, le llamó la atención un trozo de mármol blanco en el escritorio de su padre, que nunca antes había visto. Llevado por la curiosidad, le preguntó al padre qué era aquella piedra, el cual le respondió que la había recogido de los restos de la Sinagoga Mayor de Viena, que había sido derruida por los nazis la *noche de los cristales rotos* (noviembre de 1938). En ella se podía leer una inscripción referente al cuarto mandamiento de la ley mosaica, que reza así. “Honra a tu padre y tu madre para que tus días se prolonguen sobre la tierra”. “Y así fue –escribirá más adelante en su autobiografía– cómo me quedé *sobre la tierra*, junto a mis padres, y dejé que caducara el visado”. Sus padres murieron luego en el campo de concentración, pero él milagrosamente se salvó. En ese momento necesitaba una regulación externa, no podía tomar una decisión autónoma, lo veía como un exceso de responsabilidad, y el trozo de mármol de la sinagoga se convirtió en una señal divina (heteronomía, en forma de mandamiento), en virtud de la cual tomó su decisión... Este ejemplo nos indica que la integración de un sistema de regulación moral no es nunca definitiva, puesto que, en el momento menos pensado, un acontecimiento externo o interno que supongan un conflicto, pueden desestabilizarlo gravemente, haciendo necesario un nuevo proceso de síntesis.

Guillem Feixas: Bueno este es otro elemento que me gusta mucho del modelo: el enfoque en los conflictos y dilemas con que nos encontramos los humanos, que están a la base de la psicopatología. Pero el fondo de toda esta cuestión entre las dos metáforas (el auriga y la matrioshka) es que hay una cosa que me preocupa que es saber si en el modelo hay tipologías de personas o no; por ejemplo: personas “anómicas” o “sacionómicas”, como en el modelo de Vittorio Guidano que

contiene cuatro organizaciones de significado. De alguna manera el modelo de Guidano se supone que una persona con un tipo de organización determinado, estructural, puede ser muy feliz y continuar muy bien hasta que un día se desestabiliza frente a una situación crítica, dando lugar a una sintomatología patológica y no otra. En el modelo del desarrollo moral también se produce una sintomatología u otra en función de qué caballos entran en juego. Está implícito que hay un tipo de estructura. Por ejemplo: ¿podemos decir de alguien que es “hiperheteronómico”? Esto es una categorización, ¿el modelo sirve para categorizar?

Manuel Villegas: Yo repito en mis clases a los alumnos que eviten decir que tal persona “es heteronómica o socionómica”, sino que digan que “se regula heteronómica o socionómicamente”, que la regulación dominante puede ser una u otra, si no la persona no podría cambiar. Porque una de las cosas que tiene el modelo de Guidano es que teóricamente la organización no cambia. La gente no cambia de sistema de organización. Y esto es algo precisamente que yo quería evitar. A la gente, hablando, le resulta más cómodo decir que “es”, que no que se regula, pero el modelo quiere evitar la identificación entre regularse y ser, porque además, evolutivamente, una persona en una época sería una cosa y después otra, o lo sería para siempre. Cuando alguien hubiera conseguido la autonomía lo sería ya para siempre y no es cierto, puesto que el sistema puede estar sometido a constantes tensiones que la pongan en juego. Uno puede regularse en un momento determinado o en función de contextos variantes, de una manera u otra, pero no cambiar de ser, de un momento para otro. De ahí vienen las oscilaciones en el sistema y precisamente la patología suele estar relacionada con la rigidez o falta de flexibilidad de alguno de los sistemas de regulación que impide la autonomía. Cuando se producen oscilaciones en el sistema, como en el ejemplo de Víctor Frankl, significa que, al menos en aquel caso, no se ha llegado a una síntesis integradora, la cual es función de la autonomía.

Guillem Feixas: Ya veo. Sin embargo, creo que hay esta confusión entre ausencia de conflicto igual a autonomía y autonomía como igual a integración. Puesto que esta persona que está descrita que se regula en relación a los demás, esta persona que en su conjunto no está bien, en ciertos momentos puede sentirse satisfecha en sí misma o de acuerdo consigo misma, aunque luego pueda estar en conflicto. Esta persona que en conjunto no está bien, ¿puede estar regulándose de forma autónoma?

Manuel Villegas: La pregunta es muy pertinente porque, efectivamente, es fácil confundir. La idea es no confundir estar satisfecho o de acuerdo consigo mismo, con regularse de forma autónoma. La idea es que la regulación autónoma, entendida como capacidad de decidir en el ámbito personal, relacional y social,

requiere el desarrollo de los sistemas de regulación anteriores. Un niño puede estar haciéndose cargo funcionalmente de un hermano pequeño, pero no puede, ni siquiera legalmente, asumir su custodia. Los niños en edades anteriores a conseguir la capacidad de regulación autónoma o las personas que se regulan de una forma predominantemente anómica, heteronómica o socionómica, pueden estar igualmente integradas, mientras no entren en conflicto, pero eso no significa que sean capaces de regularse de forma autónoma.

Guillem Feixas: Avanzando en estos temas me gustaría plantearte ¿cómo influye el tema de la familia y del apego en la formación de los sistemas de regulación moral?

Manuel Villegas: Evidentemente que la familia, la cultura, en sentido antropológico, la sociedad, la escuela, las amistades influyen en el proceso evolutivo, pero el modelo pone el enfoque en la constitución de los sistemas de regulación moral, lo demás pasa a ser contexto, figura y fondo. El modelo está focalizado sobre la ontogénesis de los sistemas de regulación, no sobre la etiogénesis que, más allá de los factores evolutivos, es multicausal. Por ejemplo, en la etapa prenómica, si los padres son nutritivos, favorecerán una resolución positiva, si no, dejarán muchos temas por resolver. Si dan lugar a un apego inseguro, por ejemplo, generarán una actitud más reticente a la socialización y a la vinculación adulta. Esto está totalmente admitido. Son muchos los modelos que consideran aspectos contextuales respecto a la etiogénesis de una estructura psicológica y todos son bienvenidos, pero es imposible dar merecida cuenta de todos y cada uno de ellos.

Guillem Feixas: Yo pensaba, por ejemplo en el caso de la triangulación, como cuando una niña de siete años se halla con que su madre le explica cosas que no le tiene que explicar, las malas jugadas que le hace el padre a la madre, que la triangulan, siente que la tiene que defender y toma como proyecto vital proteger y cuidar a esta madre y atacar al padre y entonces se pelea con el padre por cosas que no tienen nada que ver. Esto afecta enormemente al desarrollo de un niño. Es un ejemplo que me queda desdibujado en el libro. No me queda claro, por un lado, cómo afecta la estructuración familiar y si la regulación socionómica, como en este caso, no está presente y es muy importante mucho antes de la adolescencia, sobre todo en relación a los padres.

Manuel Villegas: Cuando hablas de socionomía estás pensando en complacencia o en oblatividad, que son actitudes o estrategias transversales. En cambio, la palabra socionomía hace referencia a la socialización extrafamiliar. En el modelo se introduce el término socionomía para referirse al pasaje del núcleo familiar a la sociedad.

Guillem Feixas: Este niño que quiere complacer a la madre, sin embargo, no lo veo recogido. Si lo sacionómico tiene que ver con lo extrafamiliar, ¿cómo se explica que haya gente que toda la vida está intentando complacer a los padres o haciendo la carrera que ellos desearían? Lo que me parece que es muy importante ya en el ámbito familiar y, en consecuencia, me lo pone más difícil de entender.

Manuel Villegas: Lo ves más complicado, porque la primera vez que aparecen en la descripción del modelo, la complacencia y la oblatividad, es a propósito de la sacionomía, y puede parecer que sean términos equivalente o inherentes a ella. Pero no es así: estas dos modalidades sirven para distinguir dos momentos evolutivos del sistema de regulación sacionómico, pero la complacencia, o la oblatividad, al igual que la rebeldía o la sumisión, el negativismo o la empatía, la culpa o la vergüenza son transversales y pueden darse indistintamente, casi en cualquier sistema de regulación moral. Algunos niños que en su infancia asumen una posición complaciente u oblativa con sus padres, o hermanos, han generado un tipo de vinculación complaciente u oblativa, que luego se arrastra toda la vida o gran parte de ella. Por ejemplo, en el libro se hace referencia con bastante detalle al caso Miguel, que es una muestra de ello, explicando toda su historia de triangulación familiar y la asunción del rol de cuidador y protector de la madre y los hermanos, frente a un padre ausente y violento.

Guillem Feixas: Ya, entonces, ¿cómo debemos denominar a este tipo de regulación en la infancia?

Manuel Villegas: Evolutivamente hablando, es prematuro que los niños asuman en su infancia una función complaciente u oblativa hacia los padres, cuiden de ellos o de los hermanos, como también lo es la sexualidad genital en la infancia, no sólo por la inmadurez anatómica, sino por la hormonal y psicológica. De modo que constituye un abuso para el que el niño o la niña no están preparados, no les corresponde. Que no les corresponda una actitud oblativa, sin embargo, no significa que no suceda, en muchos casos. Yo no le pondría el nombre de sacionomía, dado que ésta constituye una regulación determinada por la necesidad de integrarse en el mundo de los iguales, de las relaciones simétricas, lo que corresponde a la adolescencia y de la juventud en adelante, a través de la creación de nuevos vínculos, en los que el enamoramiento (con toda su carga hormonal) o la paternidad, por ejemplo, los roles sociales y la identidad sexual, juegan un papel esencial. La complacencia o la oblatividad en la infancia tiene que ver más bien con el mantenimiento del vínculo parental, que en la relación de los niños con sus padres debería ser asimétrico, de autoridad de los padres hacia los hijos, en su sentido etimológico, que es de “ayudar a crecer”, del verbo “*augere*” (en latín “aumentar”), basada en criterios impersonales de conveniencia, cuidado personal y bienestar

colectivo. Y esta tarea ya tiene que ser suficientemente gratificante para los padres. En una relación sana entre padres e hijos, de amor y aceptación incondicional, no se supone que los hijos tengan que desarrollar sistemáticamente actitudes complacientes u oblativas. Puede suceder eventual o puntualmente, lo mismo que se dan actitudes sumisas o rebeldes hacia los padres, pero en ningún caso constituyen una fase evolutivamente diferenciada de la anomía o de la heteronomía, como en cambio sí, si se consideran fases específicas de la socrionomía. Es inadecuado que durante la infancia las relaciones entre padres e hijos sean simétricas, como si fueran amigos, colegas o compañeros, como también lo es que lo sean inversamente asimétricas, los hijos haciendo de padres. Las relaciones entre padres e hijos deben estar fundamentadas en la regulación prenómica, anómica y heteronómica (necesidades, juegos y deberes), no socrionómica. El niño tiene que crecer despreocupado del cuidado de sus padres. Cuando esta inversión de roles se da de forma sistemática, cuando los hijos tienen que cuidar de sus padres o hermanos más pequeños, estamos ante una grave disfunción de los roles parentales, se rompe la asimetría o se invierten los papeles, dando origen a posibles déficits evolutivos de gravedad variable. En este sentido la triangulación sería una desviación.

Guillem Feixas: De acuerdo, pero me parece que complacer a los padres no es una desviación. Para todos es un elemento muy constituyente, me parece que la complacencia en la edad en que sitúas la anomía es muy importante. Es verdad que la triangulación sería una variante desviada, pero no la complacencia. “Termino la sopa para que mi madre esté contenta”. Creo que el elemento de complacencia es normativo para todos y constituye un elemento presente ya desde los dos años hasta la salida de la familia y aun después, que ya sería asumida en la socrionomía. Me parece que la complacencia en la edad en que sitúas la anomía es también muy importante.

Manuel Villegas: Es una buena observación, que hay que matizar. El niño, desde el principio, está expuesto a un tipo de interacción con el mundo, que prácticamente será la misma a través de las distintas fases evolutivas, aunque construida diversamente, por más que en las edades más tempranas se hagan adaptaciones a niveles más primarios, como en el lenguaje infantil, el llamado “*baby talk*”. A veces, los padres cometen el error de pretender que el niño se comporte como un adulto, por ejemplo cuando empieza a hacer garabatos con un lápiz sobre el papel y los padres le exigen que “pinte bien”. Al niño no se le puede tratar igual que si fuera un adulto, ni a nivel cognitivo, ni a nivel moral, social o sexual. Evidentemente que el niño de tres años está en contacto con la heteronomía, pero todavía no la tiene interiorizada, de modo que ésta se va introduciendo de forma progresiva y dialéctica, no aparece de un día para otro. El niño va encontrando los límites, sobre todo en la fase anómica, a través de aquello que hace enfadar a papá

o a mamá; durante la heteronómica va confrontándose gradualmente con lo que está bien o está mal, con las normas o criterios sociales, bajo la mediación de los padres. Pero, andando el tiempo, el niño debería comprender que se debe comer la sopa “porque la necesita” y a regular con ello sus apetitos, no para que su madre esté contenta o se calle de una vez y de deje ir a jugar. Esta dialéctica evolutiva puede hacer que el niño sea más sumiso o complaciente, para mantener el vínculo, conquistar o reconquistar el amor de los padres. En esto estamos de acuerdo. Pero esto es transversal. He reservado los nombres de complacencia y oblatividad para señalar el pasaje de un vínculo natural a otro social. En este pasaje puede haber alegría, tristeza, seducción sumisión, culpa.

Guillem Feixas: Parece pues que estableces una distinción en función de la naturaleza del vínculo familiar o extrafamiliar.

Manuel Villegas: Efectivamente. En este contexto he querido distinguir el vínculo natural del vínculo interpersonal, el vínculo intrafamiliar del extrafamiliar. La prueba también está en que muchas personas se pasan toda la vida en función de los padres, persiguiendo su aprobación, o contradiciéndolos o definiéndose por oposición a ellos. Pero generalmente, el tipo de problemática que presentan estas personas es más evolutiva que estructural. Por ejemplo, la agorafobia, una afección de carácter estructural, suele desencadenarse en el contexto social, cuando personas con vinculación dependiente entran en una relación extrafamiliar, no familiar, como si el vínculo natural no fuese tan perceptible y no fuese tan limitador de la libertad como el social, por considerarse natural, como si hubiesen nacido en aquella relación. Muchas mujeres, por ejemplo, explican que se casaron para independizarse de casa y se encuentran con una relación de mayor dependencia o sumisión.

Guillem Feixas: Lo típico que explicaba Guidano, observación común por otra parte, que los ataques de pánico ocurren después de casarse o en el viaje de novios. Muchos casos de estas características lo confirman.

Manuel Villegas: Esta observación es interesante. La idea es que dentro de la vinculación familiar estas dependencias se dan por supuestas, como si hubiéramos nacido en esta vinculación, mientras que en las vinculaciones externas (“a ti te encontré en la calle”) se juegan de una forma más consciente y son más estratégicas. Voy a complacer para obtener un reconocimiento, una aceptación o un amor. Es una moneda de cambio, mientras que en el clima familiar resulta connatural la complacencia, la oblatividad, la seducción, la sumisión o la rebelión, según lo favorezca el clima familiar.

Guillem Feixas: De acuerdo, tenía la impresión que estaba poco explicitado en

el libro. Porque tengo la convicción que la complacencia es más importante en el ámbito afectivo, ya sea la familia de origen o la de procreación. Desde el punto de vista del modelo sistémico la distinción no es entre la familia de origen y lo que viene después, puesto que familia hace referencia a los vínculos que son esenciales para el sostén afectivo y se distinguen de los que no lo son, como amistades u otros familiares externos.

Manuel Villegas: Es aquí donde se plantea el pasaje de los vínculos familiares a la generación de nuevos vínculos interpersonales en el ámbito social, que se caracteriza muchas veces por un intento de ruptura con los vínculos de origen, para poder establecer otros. Protesta o rebelión son un intento de romper unos vínculos para generar otros. Se considera de este modo que la socionomía aparece en función de estas nuevas relaciones que podrán constituir una nueva vinculación, pero que de entrada no tiene esta vinculación natural, la familiar.

Guillem Feixas: Tengo la sensación que la complacencia en el seno de la familia es más importante que la que se le puede dar después en el grupo de pares.

Manuel Villegas: Es probable, pero aquí está puesta para destacar cuando se utiliza como sistema de regulación, podríamos decir estratégicamente, la problemática aparece a través de nuevos vínculos que pueden derivarse de ella.

Guillem Feixas: Para terminar, la idea de que la resolución de la crisis para la autonomía necesitaba de un terapeuta me parece estar muy presente en el libro, donde se recurre a numerosos ejemplos de sesiones terapéuticas y me preguntaba si esto es tan importante, o si hay otras personas o el sujeto mismo que pueda hacer esta función.

Manuel Villegas: El último capítulo del libro sobre la autonomía, constituye un puente hacia la terapia, que es el tema del que debe tratar el próximo libro. La autonomía, sin embargo, desde el punto de vista evolutivo, no requiere la intervención del terapeuta, ni mucho menos. La intervención del terapeuta está vista, dentro del planteamiento del desarrollo moral, como la figura externa en el modelo de Vygotsky de la zona de desarrollo proximal, que ayuda en el proceso cuando el sistema no puede conseguirlo por sí mismo. Muchas personas no tienen porqué hacer psicoterapia, en su proceso personal siguen una regulación de autonomía mayoritaria en su vida. Este efecto de supeditación de la autonomía a la psicoterapia, tal vez sea un efecto óptico, resultado de considerar la psicoterapia enfocada a la autonomía y como un factor coadyuvante a ella. Evidentemente está ligado a la psicoterapia cuando el sistema está en conflicto y no halla la solución por si mismo y busca ayuda profesional. La “zona de desarrollo proximal” se pone en juego

cuando el sistema por sí mismo no puede dar el paso, al menos en aquel momento, y la intervención externa puede facilitar el proceso. Parece que la autonomía vaya ligada a la psicoterapia, pero no es así necesariamente, porque precisamente el proceso de autonomía requiere no depender de la psicoterapia y el resultado de la terapia tiene que ser también su finalización. La autonomía va ligada en el libro a la práctica de la psicoterapia como posible instrumento facilitador de cambio, pero es más bien la psicoterapia la que va ligada a la autonomía como objetivo final de cualquier proceso personal.

Guillem Feixas: Bueno, habría muchos más temas que tratar, pero tenemos que ir terminando. Gracias por tus aclaraciones que creo ayudarán a profundizar más en tu modelo.

Manuel Villegas: Gracias a ti, Guillem, por el interés que te has tomado en plantear estas cuestiones que son realmente cruciales para la comprensión de la obra.